

Trasluz

Fellini

LUIS MEANA

Del mudo adiós de su muerte sale, como si fuera un último eco, la belleza convulsa de la Gradisca, los pechos monumentales de la estanquera, aquella erudición raída del profesor de Clásicas que da vueltas, con una lengua casi bífida, a las palabras secas del idioma muerto y llega a pronunciarlas como si estuviera saboreando el mejor solomillo de la Tierra. En una palabra, la vida. Esa experiencia extraña presidida siempre por la paradoja: la «Internacional» que suena cuando en la calle manda ya el fascismo; el viejo profesor de Clásicas que cree que su erudición es el último ancla al que puede agarrarse el mundo; o la belleza insinuante y provinciana de Gradisca que se siente a sí misma como la belleza por encima de toda medida, como todo el placer existente. Eso es lo que ha sido siempre el gran cine de Fellini: como una mano lejana y ajena que escribiera nuestra propia historia, esa historia íntima que no nos atreveríamos a contar a nadie. En otros términos, la provincia convertida en el Universo, el ser anónimo en la flauta diminuta en la que suena la vida entera. En «Amarcord», hay una moto loca que entra y sale, inexplicablemente, de escena. Esa moto loca, la muerte, ha arrollado ahora, como movida por un instinto de venganza siciliana, a quien tantas notas y secretos supo arrancarle a la vida, Fellini. Pero esa otra moto loca que es la vida revolucionará mil veces todavía los miles de calles de miles de pueblos de provincias. Y de esas revoluciones nacerán mil manos mágicas que sabrán extraerle, a los incomprensibles ruidos y virajes de esa moto loca, el barroco jeroglífico de la vida. Que es a lo que llamamos Arte. Del que Fellini fue gran profeta. Continuará así esa lucha a muerte entre Arte y Existencia, lucha en la que todos somos un diminuto y perdido campo de batalla, una pobre, vana y paradójica trincherita, a la que, quizá, le demos un día — el Arte o nosotros — explicación, expiación, solución y sentido. Como, en parte, Fellini. Al que Dios, o el que sea, tenga en su más dulce Gloria.

El juicio contra los dos niños de once años acusados de asesinar al pequeño de dos años Jamie Bugler en febrero pasado comenzó ayer en la ciudad de Preston, al noroeste de Inglaterra. Los dos menores,

cuya identidad no se puede hacer pública por expresa prohibición del juez, son de tan pequeña estatura que ha sido necesario construir un entramado supletorio para que se les pueda ver y oír

adecuadamente durante las cuatro semanas que durará el proceso. El juicio ha resucitado en la sociedad británica el horror por el alarmante crecimiento de la delincuencia infantil.

Niños en el banquillo

El juicio contra los dos niños de once años acusados del asesinato de otro de dos se inició ayer en Gran Bretaña con la prohibición de revelar el nombre de los menores

Preston (Gran Bretaña)

Los dos niños llegaron ayer al edificio de los juzgados de Preston en una camioneta policial con las ventanas cerradas, y rodeados de estrictas medidas de seguridad, para prevenir cualquier acto de protesta o agresión.

Los menores tenían diez años cuando, según la acusación del fiscal, secuestraron en febrero pasado al pequeño Jamie aprovechando un descuido de la madre de éste, que estaba de compras en un centro comercial de la localidad de Bootle, un barrio periférico de Liverpool.

Cámaras de vídeo del centro comercial y de otras empresas en una calle cercana registraron cómo el pequeño era prácticamente arrastrado por dos niños, y una señora lo vio llorando.

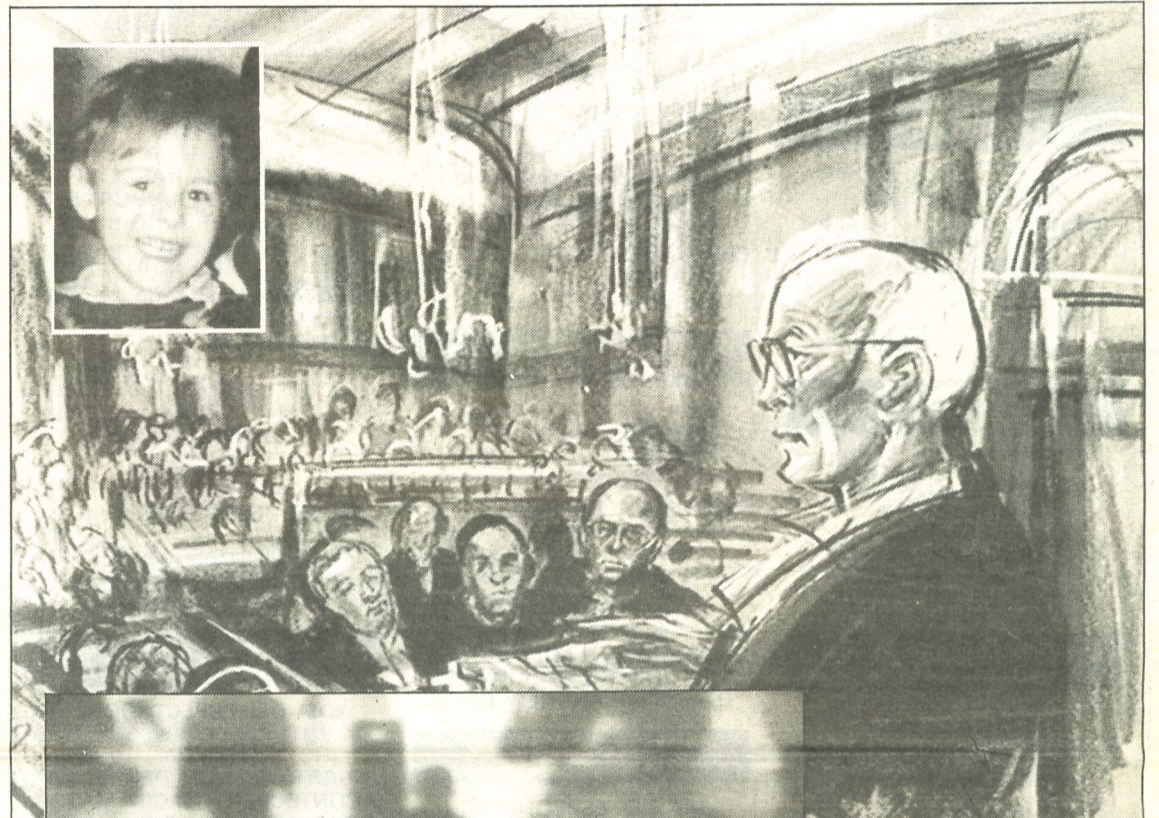
El cuerpo de Jamie apareció dos días después, cerca de una vía férrea, donde al parecer fue mutilado por un tren. El centro comercial está rodeado de casas pequeñas, de gente de clase trabajadora, y edificios de pisos subvencionados para gente pobre y madres solteras, donde suele haber un alto índice de desempleo y de delincuencia juvenil.

El asesinato del niño conmocionó al Reino Unido en su momento y despertó un interés sin precedentes en el extranjero, donde algunos periódicos lo atribuyeron a la «decadencia social británica».

Transmisión sin imágenes

Al juicio han acudido equipos de televisión de Japón, Canadá, Estados Unidos y Noruega, entre otros países. Sólo 34 periodistas podrán estar presentes y otros 100 podrán seguir las incidencias en un edificio cercano mediante la transmisión sin imágenes de lo que se diga en la sala.

El juez T. Morland, de 64 años, advirtió a los presentes, especialmente a los periodistas, que los niños acusados sólo pueden



EPA PHOTO / AP
 Dibujo de la primera sesión del juicio por el asesinato del pequeño James Bugler (en el recuadro). Junto a estas líneas, una de las imágenes tomadas en vídeo que muestran a uno de los presuntos asesinos llevando de la mano a la víctima.

ser identificados como «el niño A» y «el niño B» y que ni siquiera se puede dar el nombre de su escuela. En la vista preliminar, los menores se declararon inocentes.

Aunque hay aproximadamente 100 testigos que han hecho declaraciones por escrito, se cree que sólo unos 60 serán llamados

a declarar. El juez dijo al jurado, compuesto por nueve hombres y tres mujeres, que el caso había despertado ya bastante publicidad y que tenían que alejar de su mente lo que hubieran visto en la televisión, oído en la radio o leído en los periódicos.

«Ustedes van a decidir este

caso solamente por las pruebas que se presenten en este tribunal», les aclaró el juez. Un banco especial ha sido reservado para la familia del pequeño asesinado, pero los médicos han prohibido asistir a la madre, embarazada de ocho meses. El padre acudirá a algunas sesiones.

PERSONALISIMO

Dewi Sukarno, viuda del depuesto presidente indonesio del mismo apellido, ha convertido su cuerpo desnudo en un «best-seller» en Japón gracias al libro de fotografías aparecido en el archipiélago el pasado fin de semana. El libro, al que pertenece la imagen, lleva por título «Shuga», que en japonés significa aproximadamente superior en elegancia, y añade una nota escandalosa más a la vida de esta mujer, cuyo bello rostro y andanzas han sido frecuente alimento de las llamadas revistas del corazón.



La pantera rosa, personaje mudo ideado hace treinta años para animar los créditos de la película del mismo nombre, hablará para celebrar su aniversario. Dibujantes, guionistas y productores de «Pinky» se han reunido para pensar algo especial que conmemore la efemérides y han decidido que, después de tantos años de silencio, había que darle la oportunidad de deslizarse algún comentario irónico en alguno de sus próximos episodios. Lo que todavía no ha sido escogido es el tipo de voz que conviene al enigmático felino.